

El analista y el tiempo: cuestiones intergeneracionales. “Tiempo y eternidad desde la generación intermedia”¹

*Adriana Prengler*²

Resumen

Este trabajo se enfoca en el significado del tiempo, tanto en lo que atañe a la persona del analista como a su trabajo clínico. Psicoanálisis y tiempo mantienen una relación estrecha e indisoluble desde el momento en que la tarea analítica se aboca a comprender la reestructuración de las experiencias del pasado en el presente, basado en el determinismo psíquico, en la repetición y en la anacrónica del síntoma.

Se alude a la conciencia por el tiempo que nos pone en contacto con la realidad y la muerte, y por otra parte a la negación del paso del tiempo ilustrado en el personaje de Peter Pan quien mantiene la ilusión de un tiempo que no transcurre.

El psicoanálisis y el tiempo vuelven a encontrarse cuando pensamos en la transmisión del psicoanálisis en un mundo cambiante, y el legado de nuestros maestros a través de las generaciones.

Abordar el tema del tiempo resulta complejo ya que es un concepto que, a la vez que nos apega a la realidad, se nos escurre como agua entre los dedos. Al decir de Platón, “el tiempo es la imagen de la eternidad; es tanto una idea abstracta como una realidad de la vida”.

¹ Trabajo presentado en el Congreso de Fepal en Santiago de Chile, octubre 2008. Taller en conjunto con los doctores Horacio Etchegoyen (Argentina), Antonio Sapienza (Brasil) y Fabián Ramos (Perú).

² Miembro Titular de la Sociedad Psicoanalítica de Caracas, de la Federación Psicoanalítica de América Latina (Fepal) y de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA).

Desde el momento en que como psicoanalistas basamos nuestra tarea cotidiana en tratar de comprender la reestructuración de las experiencias del pasado en el presente, todos los fenómenos que abordamos en psicoanálisis –desde la teoría a la técnica– son abrazados por el tiempo desde su misma esencia: el tiempo está presente en la evolución del desarrollo libidinal y en el determinismo psíquico, en la interpretación y la construcción, en la transferencia, en la regresión, en el recuerdo y la repetición, en la memoria y el olvido, en la anacrónica insistencia del síntoma, en el proceso psicoanalítico, en la duración de la sesión. Es así que psicoanálisis y tiempo mantienen una relación estrecha e indisoluble.

La realidad desvinculada del tiempo resulta impensable: si nos divorciamos del tiempo para albergar la ilusión de eternidad, nos exiliamos de la realidad sumergiéndonos en la atemporalidad del inconsciente; y, por el contrario, estar conscientes del paso del tiempo nos conecta con la posibilidad de la separación y la muerte.

La vivencia de tiempo infinito, del “no tiempo”, se vincula con la omnipotencia y con un narcisismo sin límites que se fuga de la propia historia y cultura, negando al otro; pero al colocarnos un reloj en la muñeca nos insertamos en un lugar compartido que nos vincula con otros en un tiempo y un espacio referenciales, estableciendo un acuerdo social que en mayor o menor grado nos compromete a una renuncia narcisista.

La ilusión infantil de un tiempo que no conoce límites se vivencia en algunas experiencias, tales como en la intoxicación por amor (Bonaparte, 1940), donde el enamorado promete “te amaré para siempre”, o en los síntomas, las fantasías, los sueños y los cuentos de hadas. El tema queda ilustrado en el popular cuento infantil de Peter Pan, personaje para quien el tiempo no transcurre. Ni el límite, ni la separación, ni la muerte logran alcanzarlo, ya que el tiempo no parece haberse inscrito en su espacio psíquico, por lo que habrá de ser un niño para siempre. Por un lado, disfruta así de una eternidad sustentada desde el principio de placer que nada sabe sobre límites ni exigencias, pero, por otro, no crece ni deja nada tras de sí, ni siquiera su propia sombra, la cual no logra atrapar, debido a que vuela en vez de caminar, por lo que sus pies no están conectados con la tierra, ni echan raíces en ella.

Podríamos decir que, en este cuento, la contraparte del personaje de Peter Pan es un cocodrilo que hace años arrancó de un mordisco la mano al capitán Garfio y se tragó su reloj, y ahora no deja de hacer alarde de su tic-tac desde su estomago, obligando a quien se le acerque a escuchar el sonido del paso del tiempo que transcurre sin tregua. Es el tic-tac producto del mordisco,

de la castración, de la conciencia por el límite, de la angustia por la pérdida, y del acecho de la muerte. Desde entonces el cocodrilo persigue al capitán Garfio para comerse lo que resta de él, amenazándolo con el impercedero sonido que denuncia y advierte que todo llega a su fin.

El tiempo parece imponer su presencia a partir del nacimiento, de la expulsión del paraíso uterino, momento en que el bebé comienza a recibir alimento de una madre que ya no es parte del cuerpo propio, lo que pone en marcha un reloj biológico que le exige ser alimentado cada cierto tiempo desde el exterior, quedando sometido a la frustración de la *no* inmediatez, lo que le obliga a saber de la existencia del tiempo.

Más tarde, con el advenimiento de la fase anal y en el intento por controlar sus esfínteres, el niño logra ejercer su propia voluntad de esperar, comenzando a desarrollar cierto control de sí mismo en relación con el tiempo. Intenta actuar de acuerdo con las leyes parentales que le marcan prohibiciones y límites como una condición para ser amado. El tiempo se inscribe en su psique, imponiéndole límites, pero a la vez otorgándole mayor independencia. Ya no hay marcha atrás; comenzamos a gastar el tiempo que tenemos disponible, más allá de nuestro deseo de usarlo, guardarlo, o dejarlo para más tarde. El tiempo comienza a transcurrir de manera inexorable e irreversible, sin detenerse ni por un instante, por mucho que lo deseemos.

Cuelga de la pared de mi consultorio un reloj cuyo fondo es un famoso cuadro de Dalí (titulado “Desintegración de la persistencia de la memoria”) con la imagen de relojes que, por derretidos, figuran un tiempo que parece detenido. Marca un tic-tac ruidoso que en algunas sesiones oigo sonar, y que en otras se mantiene absolutamente silencioso como si el tiempo estuviese congelado. El tiempo parece estancarse algunas veces, y otras pasa tan velozmente que nos asombra encontrarnos de repente al final del camino, tal como me sucedió con un paciente cuya última sesión me tomó por sorpresa al final de un tratamiento de diez años de duración, en el que estaba convencida de que el análisis había llegado exitosamente a su fin.

Pasado el tiempo en que habíamos convenido finalizar, me sorprendí a mi misma deseando con fuerza aplazar el final, cuestionándome, a partir del material de las últimas sesiones, si no se estaría abriendo para mi paciente un nuevo camino sobre el que parecía importante seguir indagando. Descubrí en mí la tentación de ofrecerle postergar el fin de análisis, pero me abstuve por considerar que era más una necesidad mía que de él.

El tiempo había pasado rápidamente para mí, y me encontraba envuelta en un sentimiento que me dificultaba hacer un cierre definitivo. Él parecía

preparado y dispuesto para seguir su camino sin mí hacia una etapa de mayor autonomía, y era obvio que siempre surgiría algo nuevo para indagar, con lo que el fin pudiera hacerse interminable.

En nuestra última sesión, yo había dejado de escuchar el tic-tac de mi reloj derretido, imbuida en el deseo de que no pasase el tiempo para seguir trabajando juntos, lo que era para mí una llamarada de atención a mis sentimientos contratransferenciales. Como era de esperar, el tiempo de la sesión llegó a su fin y lo despedí con una mezcla de satisfacción y tristeza, admitiendo que no se puede atajar el tiempo, ni la separación, ni la muerte, ni a un paciente para que continúe su vida.

Existe un deseo más o menos consciente de retornar al pasado, guiados por la nostalgia por la unión con el objeto primordial, la ilusión de infinitud y la omnipotencia infantil. James Mann (1973) se pregunta si será por eso tan poderosa la transferencia, al dar la posibilidad de vivir, en el aquí y ahora, aquello vivido allá y entonces, por proporcionar de alguna manera la ilusión de que el tiempo no ha pasado; transferencia que nos empecinamos en resolver para que el paciente logre, a través de la repetición y el recuerdo, tener un destino distinto, aunque él se empeñe en repetirlo.

Ese destino distinto dependerá de la relación única entre paciente y analista, lo que incluye el momento de vida en que se encuentre no sólo ese paciente, sino también ese analista.

El concepto de “campo analítico” trabajado por los Baranger (1993) –que tan espléndidamente ha contribuido a la teoría psicoanalítica– se ocupa justamente de aquello que se produce de manera única e irrepetible entre dos personas, “donde la transferencia del paciente y la contratransferencia del analista, ambas, tendrán que ver con lo proyectado, pero también con la singularidad real del paciente y analista”.

Marie Bonaparte, en su artículo “Tiempo e inconsciente” (1940), escribe sobre el significado psicológico del tiempo y se refiere a la experiencia de tiempo infinito en la niñez y la impaciencia por crecer. Esta impaciencia por crecer pudiera ser análoga a la impaciencia en la vida de un analista joven en su devenir profesional.

En un inicio nos adherimos a las teorías sustentadas por nuestros modelos de identificación y nuestros maestros (generalmente idealizados), pero con el paso del tiempo la teoría se va separando de quien la ha sustentado, para ser enriquecida y transformada a través de la propia reflexión y experiencia clínica.

¿Qué nos pasa con el transcurrir del tiempo? Grinberg, en su libro *Identidad y cambio* (1980), se pregunta cómo es posible conciliar el ser (lo

permanente) con el cambio. Afirma que la capacidad de recordarse en el pasado y de imaginarse en el futuro hace que la persona se reconozca como la misma a lo largo del tiempo; la misma que fue ayer y que será mañana, a pesar de las vicisitudes a las que lo expusieron las contingencias de la vida. En el transcurso de nuestro devenir como personas y como psicoanalistas, así como en un proceso psicoanalítico, se producen cambios sin que podamos advertirlos puntualmente.

En ese proceso transitamos por un camino y casi sin darnos cuenta nos encontramos en otro sitio, nos miramos en el espejo, y lejos del tiempo convencional que marcan las agujas del reloj, y más cerca de nuestro tiempo subjetivo, nos preguntamos: ¿cuándo fue que sucedió esto?, ¿como sucedió?, como si hubiésemos emprendido un viaje por una carretera larguísima para llegar a un destino en parte imaginado, en parte desconocido, donde el paisaje parece más o menos siempre el mismo, quizás sin cambios demasiado bruscos, siendo probable que luego de un tiempo no nos percatemos del punto en el cual nos encontramos, o de la distancia recorrida. Tal vez estemos, sin saberlo, cerca del punto de llegada. Así transcurre un poco la vida en nuestro ser y hacer psicoanálisis.

Somos tres generaciones en esta mesa. Me toca representar la generación del medio, aquella intermedia entre sus padres y sus hijos ya adultos. La cuestión intergeneracional nos remite al ser del analista y a sus cambios a lo largo del tiempo, y también al Freud de ayer y al analista de hoy. Un siglo después aún nos reconocemos en una identidad común como psicoanalistas, más allá de las variaciones teóricas y técnicas que se fueron sucediendo y tratando de mantener una cierta permeabilidad que impida la cristalización de esa identidad. Nos toca transmitir el psicoanálisis en un entorno cambiante, con la pregunta permanente de qué es lo primordial y qué es lo que cambia con el tiempo.

Ser analista es ser uno mismo a lo largo del tiempo, perder unas partes del yo y ganar otras, pero a la vez es ser capaz de poner entre paréntesis el propio narcisismo para adentrarnos en el yo del paciente.

¿Quiénes somos como analistas? Construimos nuestra identidad analítica desde nuestras adhesiones teóricas elegidas de manera poco azarosa; identidad determinada por nuestras transferencias, nuestras identificaciones, nuestros ideales, nuestra historia, nuestra cultura, nuestros grupos sociales, nuestros deseos y añoranzas, nuestra experiencia clínica, nuestra experiencia como pacientes y candidatos. Asumimos el legado de nuestros profesores, analistas, y supervisores, de aquello que nos enseñaron a hacer y, no menos importante, de sus errores –lo que nos enseñaron a *no* hacer

mientras hacían—, todo esto en una suerte de combinación amalgamada, a su vez esculpida por el tiempo.

Hablar del analista y el tiempo en el contexto de las relaciones intergeneracionales nos remite al ciclo de vida personal de cada analista, y también a su relación con otros analistas, unos mayores, de quienes hemos “aprehendido” el psicoanálisis, y otros más jóvenes, a quienes tratamos de transmitirlo.

Este tema de la transmisión es estudiado por David Nasio (1996), quien distingue en la formación psicoanalítica la transmisión como diferente de la enseñanza. Adscribe la formación teórica a la enseñanza, donde se produce la circulación de un saber que a veces pudiera conllevar la vivencia de una certeza incuestionable que dirige la mirada hacia arriba, donde se ubica al portador de ese saber.

El otro componente de la formación, la transmisión, está referido al propio análisis y a la supervisión clínica, donde ser analista requiere de una comunidad caracterizada por la referencia a un ideal, el cual remite a la experiencia con un objeto transmisor de una “pasión por el análisis”, pasión necesaria para convertirse en analista.

Desde ésta, mi generación intermedia, relato el siguiente episodio que marcó mi filiación profesional: cuando decidí cursar el postgrado de Psicología Clínica en un hospital psiquiátrico en Caracas donde enseñaba el recordado maestro Mauricio Goldenberg, psiquiatra pionero de la salud mental en la Argentina y docente de varias generaciones de psicoanalistas, tuve la mala fortuna de que ese año resulté ser la única aspirante, por lo cual el postgrado no pudo abrirse. El doctor Goldenberg me ofreció entonces asistir con el grupo que pasaba a segundo año, hasta que se abriera un nuevo curso. Me incorporé con cierta timidez y con la sensación de ser una novata intrusa en un grupo de estudiantes ya constituido. En la primera clase, trajeron una bandeja con humeante café venezolano para todos, ya servido en pequeños vasitos plásticos desechables, y una fina tacita de porcelana para el maestro. Mauricio tomó su tacita de porcelana, la única de la bandeja, y me la ofreció, a la vez que eligió para sí mismo uno de los vasitos desechables. Este hecho aparentemente tan sencillo tuvo pleno sentido para mí: era el acto de un padre sabio otorgando un lugar al hijo que se inicia, invitándolo con generosidad a existir en ese espacio, a tener derecho de estar, de recibir y de aportar. Ésta fue una de mis primeras experiencias en el ámbito de la relación profesional entre generaciones, que, entre otras cosas, despertó en mí un deseo aún más ferviente de saber, identificándome con el portador de ese saber y de esa generosidad, a la vez anhelando transformarme en heredera y transmisora de esa actitud hacia la siguiente generación.

En la transmisión el lenguaje ocupa un lugar fundamental, pero no es menos importante aquello que se transmite más allá de las palabras. La transmisión también incluye la experiencia de haber sido escuchado en el propio análisis, sin haber sido víctima de saberes dogmáticamente incuestionables, sino habiendo tenido la fortuna de descubrir las propias verdades, para ser capaz a la vez de albergar la propia capacidad de escucha dentro de sí.

El respeto al otro, el otorgamiento de un lugar, la apertura y tolerancia ante el pensamiento distinto forman parte de la transmisión. De no haber sido así, pudiera surgir una cierta dificultad en el analista para tolerar el éxito de sus discípulos, en vez de disfrutar de su triunfo y enorgullecerse de las generaciones que lo secundan, ofreciéndoles estímulo y acogiendo su creatividad y pensamiento, aun cuando éste divergiera del modelo originariamente ofrecido por sus maestros.

Aun cuando trabajamos desde la privacidad de nuestros consultorios, somos analistas no en la soledad, sino que descendemos profesionalmente de nuestros maestros, y a la vez transmitimos lo recibido de la manera como lo hemos digerido y elaborado, añadiéndole nuestro toque personal, para que las nuevas generaciones hagan otro tanto. El tiempo pasa inexorable y, con él, nuestro límite llega a su fin, pero mantenemos la ilusión de una cierta inmortalidad si logramos contribuir con nuestra cultura, dejando en herencia nuestro granito de arena.

Desde el sitio que hoy ocupo, la generación intermedia, recibo con agradecimiento el legado de mis maestros y espero transmitirlo junto con lo que yo pueda agregar, a la generación que me sigue, ofreciendo esa tacita de porcelana que un día recibí, como se entrega la antorcha en las olimpiadas para que otro, con la misma pasión, prosiga el camino.

Referencias bibliográficas

- BARANGER, M. (1993). "La mente del analista: De la escucha a la interpretación". *Revista de Psicoanálisis*, XLII, 2 (p. 739).
- BONAPARTE, M. (1940). "Time and the Unconscious". *International Journal of Psychoanalysis*, 21: 427-468.
- FREUD, S. (1912). *Consejos al médico*, A.E., XII.
- _____ (1915). *Lo inconsciente*, A.E., XIV.
- GRINBERG, L. y R. (1980). *Identidad y cambio*. Paidós.

- KAFKA, J. (1972). "The Experience of Time". *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 20: 650-667.
- MANN J. (1973). *Time: Conscious and Unconscious. Time Limited Psychotherapy*. Harvard University Press.
- NASIO, J.D. (1996). *Como trabaja un analista*. Paidós.